

Sum- Forty Tales From the Afterlives – Eagleman, David

Hans Sigrist

4 abril, 2026

Estoy leyendo Sum, Forty Tales From the Afterlives de David Eagleman, un neurocientífico y fantástico contador de historias. No es un libro científico, pero si es escrito pensando en aquellas cosas que la ciencia no abarca. El libro trata sobre las posibilidades hipotéticas después de la muerte: “una colección de relatos cortos que exploran diversas e imaginativas versiones de la posvida. A través de breves ficciones especulativas, el autor propone escenarios donde el más allá se manifiesta como una reordenación de experiencias temporales, una burocracia divina o incluso un reflejo de nuestras propias limitaciones humanas. Los textos cuestionan la naturaleza de la identidad, la memoria y la divinidad, sugiriendo que la muerte podría ser una continuación irónica o surrealista de nuestra existencia terrenal. Cada relato funciona como un experimento mental que desafía las concepciones tradicionales de la religión y la ciencia mediante el uso de la paradoja. En última instancia, la fuente ofrece una visión literaria sobre cómo el destino final de la conciencia define lo que significa estar vivo.”

Les dejo el primer capítulo, **muy muy matemático**.

En la vida después de la muerte vuelves a vivir todas tus experiencias, pero esta vez con los eventos reorganizados en un nuevo orden: todos los momentos que comparten una cualidad se agrupan juntos.

Pasas dos meses conduciendo por la calle frente a tu casa y siete meses teniendo sexo. Duermes durante treinta años sin abrir los ojos. Durante cinco meses seguidos hojeas revistas mientras estás sentado en un inodoro.

Recibes todo tu dolor a la vez, las veintisiete intensas horas de él. Los huesos se rompen, los autos chocan, la piel se corta, los bebés nacen. Una vez que logras superarlo, el resto de tu vida después de la muerte está libre de agonía.

Pero eso no significa que sea siempre agradable. Pasas seis días cortándote las uñas. Quince meses buscando objetos perdidos. Dieciocho meses esperando en fila. Dos años de aburrimiento: mirando por la ventana de un autobús, sentado en la terminal de un aeropuerto. Un año leyendo libros. Te duelen los ojos y sientes picazón, porque no puedes tomar una ducha hasta que sea tu momento de tomar tu maratón de ducha de doscientos días. Dos semanas preguntándote qué sucede cuando mueres. Un minuto dándote cuenta de que tu cuerpo está cayendo. Setenta y siete horas de confusión. Una hora dándote cuenta de que has olvidado el nombre de alguien. Tres semanas dándote cuenta de que estás equivocado. Dos días mintiendo. Seis semanas esperando una luz verde. Siete horas vomitando. Catorce minutos experimentando alegría pura. Tres meses lavando la ropa. Quince horas escribiendo tu firma. Dos días atándote los cordones de los zapatos. Sesenta y siete días de angustia por un corazón roto. Cinco semanas conduciendo perdido. Tres días calculando propinas en restaurantes. Cincuenta y un días decidiendo qué ponerte. Nueve días fingiendo que sabes de qué se está hablando. Dos semanas contando dinero. Dieciocho días mirando dentro del refrigerador. Treinta y cuatro días de anhelo. Seis meses viendo comerciales. Cuatro semanas sentado pensando, preguntándote si hay algo mejor que podrías estar haciendo con tu tiempo. Tres años tragando comida. Cinco días manipulando botones y cremalleras. Cuatro minutos preguntándote cómo sería tu vida si reorganizaras el orden de los eventos.

En esta parte de la vida después de la muerte, imaginas algo análogo a tu vida terrenal, y el pensamiento es dichoso: una vida donde los episodios se dividen en piezas diminutas y digeribles, donde los momentos no perduran, donde uno experimenta la alegría de saltar de un evento al siguiente como un niño saltando de un lugar a otro sobre la arena ardiente.